

LA ESCULTURA ROTA



No era mala, seguramente la señora Plácida, cierto que tenía su devoción y

sus manías, que gustaba recordar su pasado rural esplendoroso, a vientre lleno...

La señora Plácida gustaba de diversiones. El sonido de una guitarra la hacía vibrar. ¡Cómo chispeaban sus pupilas pequeñas embutidas en unos párpados carnosos y violáceos, como le erguía su diminuto cuerpo y florecía su sonrisa llena de senil picardía.

Casada dos veces,—no era mujer que se privara gustos.—Tuvo de su primer esposo tres hijas que, en lo amigos de fandanguear y de falsamente lucir, se conocía que habían heredado la sangre de su mamá.

Cuando la señora Plácida salía de paseo, se presentaba como hermana de sus hijas...

Un día un señor le notificó que estaba dispuesto a casarse con ella; y la señora Plácida, que no deseaba otra cosa, aceptó con toda su alma. Pero las hijas eran bonitas y su esposo las miraba, tal vez demasiado. La señora no pudo resistir, y después de una terrible escena de celos vino la separación.

Además, el marido creyó, equivocadamente, que sería el jefe de la familia. No conocía a la terrible señora Plácida, que jamás había soportado imposiciones, imponiendo ella, sí sus muchas malas ideas.

Se separó sin dolor, sonriente, y se dedicó a gastar alegremente el patrimonio dejado por su primer esposo.

Una hija de sus segundas nupcias alegraba el hogar con sus quimeras infantiles. La señora Plácida se decidió a vivir para ella, para su Dolores.

Sus hijas grandes se habían casado, no tenía pues más compañía de carácter íntimo.

Verdad que los yernos vivían con ella; pero en ningún caso sus hijas podían seguir su antigua vida de imposiciones maternales

Malas personas eran los yernos, arruinaron a la señora Plácida, y se marcharon a tiempo.

Además, sus hijas, celo-

sas del cariño que ella profesaba a la menor, atormentaban rudamente a ésta, insultándola y aun castigándola.

La casa se convirtió en un infierno; hubo necesidad de disolver ese hogar donde el desorden introdujo la desgracia.

La señora Plácida, de gran carácter, se puso a trabajar para su hija, soñando que ya, crecida, se desposaría con un hombre de fortuna que devolvería la pasada prosperidad.

Creció la niña y se desarrollaron en ella enormes disposiciones artísticas, la música, el canto, la poesía, la escultura...

La mamá, encantada, presentaba a su hija en las reuniones a que aún asistía como a un pájaro azul.

Varios viejos ricos se fijaron en la nena, pero ella, independiente como el aire, los rechazó. La misma suerte corrieron varios mozalvetes más huecos y sonajeros que un cascabel.

Para la niña era odiosa la sociedad que frecuentaba.

Luis Acuña, el joven escultor campesino, de soberbia inspiración y de buril prodigioso, fué rechazado en el salón de aquel año. Las obras se exhibieron en una vitrina. Dolores las vió expuestas y la encantaron.

Supo que el escultor era más pobre que un cura de aldea y resolvió ser su amigo.

Muy culto, Acuña, logró interesarla. Estaba enfermo y no tenía hogar, luego era invierno, sus monos no se vendían, la desgracia lo hundía en el desacierto y en la enfermedad.

—Véngase a mi casa, Acuña, le dijo Dolores, yo lo cuidaré, Ud. está enfermo, necesita solicitudes de su mujer.

Se negó, pero como realmente se sentía mal, aceptó por fin la ayuda.

Aquel hogar era muy pobre.

Dolores retiró las esculturas, aceptó hechizada la delicadeza de Acuña que la dedicó su grupo Helios, de prodigiosa factura y originalísima inspiración.

Horas enteras se pasaban mirando la escultura unidos y cuando sus pupilas se encontraban, los



labios preludiaban una sonrisa de las que no se han immortalizado aún.

¿Cómo contintió la señora Plácida la entrada de Acuña en su hogar? Debido, tal vez a falsa generosidad, o a una ansia de epatar, tal vez en el fondo la pobre señora no era mala.

Sucedió lo que debía suceder. Los muchachos se amaron, echando por tierra todos los proyectos de la infeliz señora Plácida, que a su pesar se vió obligada a consentir ese enlace, que en su concepto, la deshonraba.

Pasó una semana llorando e insultando a su hija; pero Dolores muy tenaz no la tomó en consideración.

Una mañana de primavera las campanas preludiaron un canto de bodas. La alegría se desbordó a voces, las pupilas chispeaban como el champaña, las manos aplaudían sonando como alas de aves que volaran al infinito.

Desfilaron muchos chambergos, brotaron muchas ingeniosidades, saludaron aquel desposorio los mejores versos del alma exquisita de la bohemia inmortal.

Acuña y Dolores, eran muy felices...

Pero Acuña tenía sus costumbres, que le echaron atrozmente a la señora Plácida, acostumbrada a imponer su voluntad, convencida de que Acuña era un pordiosero que valía menos que el vendedor italiano de la esquina porque ganaba menos dinero.

Acuña, hombre esforzado, logró sacudirse y luchando llegó a imponer en parte su trabajo. La fortuna se perfilaba. La vida seguía difícil siempre, pero llena de esperanzas con sabor a realidades.

Triunfaba el artista, pero no ganaba aún dinero. Dolores gozaba como una eriatura, pero la señora Plácida sufría como un demonio, y como culpaba a Luis Acuña de su fracaso total, con una persistencia diabólica se cebaba en el artista.



Protestaba Luis, y un día amenazó a la señora rogándole que "se muriera".

Desde esa fecha la señora se sintió asesinada y contó a quien quiso oír la que su hija y Luis la querían envenenar.

El odio se desbordó sobre los jóvenes, que llegaron a ser víctimas hasta del vendedor de pan. Entretanto, la señora sonreía... Era feliz. Aún podría su hija separarse de su esposo y... (era mala idea la de la señora Plácida).

—No puedo soportar más, esta no es vida me voy a morir del corazón, de las nervios, no puedo más... Es usted demasiado miserable... gritó esa noche el pobre Acuña, perdida ya la paciencia, vejado hasta en su alma.

Un insulto terrible de la señora seguido de una risa atroz colmó la medida.

Acuña, impulsivo, enloquecido, avanzó hacia ella...

—Señora, por Dios... amenazó Morando de coraje.

—Andate a la calle pordiosero, con tus monos! Y le tiró a la calle las preciosas esculturas. Entonces Acuña tomó una, la última y frénico ya, se la descargó en la cabeza.

Rodó la pobre señora con el cráneo abierto, el pobre artista, desfallecido por completo, perdió todo movimiento y su dolor junto al horror de su vida hirieron su desgarrado corazón, cayendo víctima de un terrible ataque.

Cuando Dolores llegó comprendió toda la tragedia, no pudo ni llorar, muda contempló los restos de su vida, de su amor...

Llamaron a la puerta. La justicia entraba... La justicia que siempre llega tarde... y que repara los daños...

La estatua, rota y manchada con la vida de la pobre señora Plácida, yacía destrozada en el suelo.